



DÍAS DE
PELIGRO
CONTIGO

EMMA COLT

Una periodista y un policía que se pasan el día discutiendo. Obligados a colaborar, tanto sus corazones como sus vidas correrán un grave peligro.

Marina siempre ha sabido que Adam era un rompecorazones sin remedio, por lo que hace muchos años que enterró los sentimientos que despertaba en ella. Y Adam... Adam siempre ha tenido claro que no caería en las garras de ninguna relación. Así que directamente evita a las mujeres que podrían provocarle una molesta adicción. Como Marina.

Como consecuencia, hace años que Marina y Adam se llevan como el perro y el gato. Cada vez que coinciden, lo mejor que le puede pasar al mundo es que se ignoren el uno al otro.

Sin embargo, cuando desaparece un hombre que facilitaba información a Marina para unos artículos de denuncia, Adam es la única persona a la que puede recurrir para que le ayude a encontrarlo de forma discreta.

Tener que trabajar juntos será un auténtico reto para ambos. ¿Conseguirán ponerse de acuerdo? ¿Y qué hacer con la fuerte atracción que sienten el uno por el otro y que intentan esconder?

Pero con su trabajo, Marina ha puesto en el punto de mira de la justicia a gente dispuesta a llegar muy lejos para evitar ser capturados. Adam y ella no tardarán en descubrir que están en peligro tanto sus corazones como sus vidas.

Índice de contenido

Cubierta

Días de peligro contigo

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Agradecimientos

Agradecimiento personal de la autora

Siempre para H.

Prólogo

—¿Lo dices en serio?

—Lo digo en serio.

—¿El hermano de tu novia es policía y una de sus mejores amigas es periodista de investigación?

—Adam Romero y Marina Benmayor. Y por lo que tengo entendido, los dos son muy buenos en su trabajo.

Toni rio. Llevaba más de dos meses sin reír o sonreír con sinceridad, pero que Javier Bandama tuviera a un policía y una periodista en el círculo más cercano de su novia era irónico. También podía ser peligroso. Básicamente porque ahora vivía bajo la falsa identidad de Javier Sánchez y, en el pasado, su familia se había dedicado al tráfico de obras de arte.

Desde luego, hay gente a la que le gusta jugar con fuego.

Sin embargo, Javi parecía muy tranquilo. De hecho, al tío se le veía feliz, pensó Toni con una punzada de envidia. Al fin estaba con la mujer de la que llevaba años enamorado y, además, iban a ser padres. Tenía una buena vida montada en otra parte, y ahora solo había regresado puntualmente a su vieja ciudad para poner a la venta la vieja casa de la familia. Pero había avisado a Toni de su visita y le había propuesto que se vieran. Toni había aceptado.

Era extraño. Durante muchos años Toni no había sentido hacia Javi nada más que odio, pero ahora ahí estaban,

tomándose una cerveza en una terraza del paseo marítimo como los viejos amigos que eran.

Después de muchos años desaparecido, Javi había reaparecido en su vida de manera imprevista y salvaje unos tres meses atrás. En ese momento, se culpaban mutuamente de los asesinatos de sus respectivos hermanos. Sin embargo, tras unas semanas llenas de angustia y confusión, habían conseguido encontrar al verdadero culpable. Esa era la parte positiva. La parte negativa era que, desde entonces, la vida de Toni se había convertido en un infierno.

—¿Y tú cómo vas? —preguntó Javi sin molestarse en esconder la preocupación. Puede que Javi no tuviera todos los detalles de lo que le había sucedido últimamente, pero sí sabía lo suficiente.

Toni pensó qué responder. Estaba mal, la verdad. Para salvar la vida a Javi y su novia, había tenido que matar al asesino de sus hermanos y hacer desaparecer su cadáver de forma discreta.

Había matado a un hombre. Sí, era el culpable de la muerte de Gabriel, su hermano, pero la horrible sensación seguía siendo la misma. Había matado a un hombre.

Cada vez que el sueño lo vencía sufría pesadillas, y hacía dos meses que no conseguía dormir una noche entera seguida.

Y luego estaba en lo que se había convertido su vida. Sentía náuseas a diario al pensar en ello.

Había pasado años manteniéndose bien alejado de los negocios sucios de su padre, pero al final había ocurrido lo último que él quería: ahora los dirigía Toni, todos y cada uno de ellos. Y con cada nuevo detalle que descubría se horrorizaba más. Le costaba creer en qué tipo de negocios estaba metido su padre y con qué tipo de gente se mezclaba. En su inocencia, durante mucho tiempo Toni había pensado que su padre *solo* se dedicaba al soborno y extorsión de políticos y policías, blanqueo de dinero y al-

go de tráfico de drogas. Pero la cosa iba mucho más allá. También había tráfico de personas, prostitución, asesinatos. Por eso su vida se había convertido en un infierno, porque había entrado en él.

No había tomado el control de toda esa mierda por gusto. La salud de su padre había mejorado mucho en los últimos dos meses, pero seguía sin estar capacitado para estar al frente de sus negocios. Cualquier pequeño error podría hacerle caer ante la justicia, y si Matías Martín caía, arrastraría con él a varios de sus socios. Y su socio principal, el poderoso narcotraficante Antón Abilleira, nunca lo permitiría. En los últimos tiempos no solo había movido hilos para ayudar tanto a Matías como a Toni, sino que había dejado claro a Toni que debía ponerse al frente del pequeño imperio mafioso de Matías Martín. Y contradecir a Abilleira no era una opción. No se trataba solo de los favores. Si Abilleira sospechaba que Toni o su padre podrían causarle problemas, no dudaría en eliminarles. Sabían demasiado.

Es decir, si Toni quería asegurarse de que su padre y él siguieran con vida, debía mantenerse donde estaba y poner buena cara a Abilleira.

Pero decidió no contar nada de eso a Javi. No le serviría de nada, y a Toni no le gustaba llorar ante la gente. Forzó una sonrisa.

–Voy tirando. Saldremos adelante –dijo.

Javi entrecerró los ojos y le observó unos instantes. No le creía.

–Si necesitas ayuda, pídelo –dijo.

Toni se limitó a asentir. Un rato después, se despidieron y regresó caminando a su oficina, la sede de una empresa que había levantado a base de trabajo completamente honesto.

El ofrecimiento de Javi era bienintencionado, pero no podía ayudarle. El problema de Toni se llamaba Antón

Abilleira, y ni siquiera Javi, por muy buenos contactos que tuviera su familia, podría librarle de él.

Solo se quitarían de encima a Abilleira el día que acabara entre rejas y con su imperio desmantelado. Pero, teniendo en cuenta sus contactos con algunos altos cargos policiales y judiciales, eso no iba a suceder. A no ser que...

Toni se quedó quieto, inmóvil en medio de la calle. Acababa de darse cuenta de algo.

Los contactos de Abilleira se aseguraban de que las investigaciones contra él nunca prosperaran. Pero, ¿y si la investigación no surgiera ni de la policía ni de un juez? ¿Y si surgiera de otra parte? Alguien capaz de organizar suficiente revuelo en los medios de comunicación y la opinión pública, de manera que jueces y policía se vieran obligados a investigar a fondo, sin posibilidades de exculpar al narcotraficante porque habría demasiada gente pendiente de su trabajo.

Un periodista.

O una periodista.

Puede que Javi, sin pretenderlo, sí le hubiese ayudado.

Su viejo amigo le había dado un nombre: Marina Benmayor.

Una periodista de investigación.

Una vocecita dijo a Toni que seguramente Javi no se refería a ese tipo de ayuda, que no le gustaría que mezclara a una amiga de su novia con algo relacionado con Antón Abilleira. Pero Toni estaba desesperado e ignoró las advertencias de la voz de su conciencia.

Solo le haría llegar una pequeña pista. Algo que iniciara el giro de una rueda que, al final, ni siquiera Abilleira podría detener.

Marina Benmayor acababa de convertirse en su mayor esperanza.

1

Hace doce años

–Tía, con esa cara nadie diría que te vas de vacaciones.

–¿No estás lista para las mejores vacaciones de nuestra vida?

Marina forzó una sonrisa mientras se quitaba los auriculares y ponía en pausa su reproductor MP3. Llevaba un rato esperando a Berta y Judith, apoyada en el respaldo de un banco. Y, para variar, sus pensamientos habían merodeado de una cosa a la otra hasta llegar a Adam.

Otra vez.

Sus amigas, como siempre deslumbrantes, la observaban con una gran sonrisa en los labios. Estaban emocionadísimas con el viaje. Por fin todas tenían dieciocho años y podían irse de vacaciones juntas. A Marina también le hacía mucha ilusión, pero pensar en Adam era como si un nubarrón grande y denso cubriera un despejado cielo primaveral. Y, por más que se esforzaba, no conseguía desterrarlo de su cabeza de forma definitiva. Ella lo intentaba, pero siempre acababa regresando, una y otra vez.

–¿Vamos a por Sara? –dijo Marina.

Las tres cogieron sus respectivas maletas y emprendieron la marcha hacia el portal de su amiga.

–¿Creéis que por fin conseguiremos que ligue con alguien? –preguntó Judith con picardía.

Berta soltó uno de sus suspiros soñadores.

—Con suerte, se enamorará por primera vez y vivirá un apasionado romance de verano.

Marina puso los ojos en blanco.

—Joder, Berta, mejor que solo sea un ligue de verano. Solo estaremos trece días allí, si se enamora se quedará hecha polvo —dijo.

—¿Sabes que existe una cosa llamada «relación a distancia»? —se defendió Berta.

—Las relaciones a distancia están condenadas al fracaso.

—¿Por qué eres tan pesimista con los temas amorosos? —preguntó Berta—. Ni que hubieras tenido un montón de malas experiencias.

Marina se encogió de hombros. Las tres sabían que nunca había salido con nadie durante más de tres semanas. Oficialmente, no había tenido disgustos amorosos. Pero nunca había confesado a sus amigas lo que sentía por Adam.

Tenía varios motivos de peso para guardar el secreto.

El primero era que se sentía como una auténtica idiota: el muy imbécil era el mayor ligón y rompecorazones que había sobre la faz de la Tierra. Todo el mundo sabía (porque él lo dejaba bien claro) que no quería saber nada de relaciones estables. Era como si fuese alérgico a ellas.

El segundo motivo era que Sara había dejado más que claro que ni Adam podía acercarse a sus amigas, ni ellas podían acercarse a él. Marina valoraba por encima de todo su amistad con Sara, y no pensaba cometer una estupidez que la estropeará. Además, sabía que Sara intentaba protegerlas de acabar con el corazón roto por culpa de su hermano. Berta y Judith se quejaban de la prohibición con ligereza porque les habría bastado con enrollarse alguna noche con él, pero Marina tenía que fingir esa ligereza. Una noche no habría sido suficiente para ella.

Y el tercer motivo era que no tenía sentido perder la cabeza por Adam, porque él apenas la miraba. A Judith y Berta sí que las miraba, y mucho, porque estaban estupidamente delgadas. Estaba bastante claro que ese era el tipo de mujer que le gustaba, porque todos los ligues de Adam tenían cuerpo de modelo. A Marina, en cambio, le sobraban algunos kilos. No era un tema que la acomplejara ni le supusiera un problema para ligar, pero le molestaba profundamente que sí fuera un problema para Adam. Y, desde luego, a Marina ni se le ocurriría ponerse a dieta solo por él.

Era un imbécil.

Y un gilipollas.

Sí, eso era lo que era, y Marina sabía que tenía que concentrarse en esos pensamientos para lograr quitárselo de la cabeza.

Cuando alcanzaron el portal de casa de Sara, una vecina abandonaba el edificio. Como ya las conocía, no tuvo reparos en dejarles la puerta abierta.

–Esto sí que es tener suerte, ahora podemos subir –dijo Judith, sonriendo como una auténtica pilla.

A Berta le faltó tiempo para asentir.

–Vale.

–No vale la pena –dijo Marina, que sabía qué pretendían. En realidad, ella también se moría de ganas de subir, pero sabía que no le sentaría bien. Y el orgullo la hacía sentirse de nuevo como una idiota por morirse de ganas de subir.

–Así echamos un vistacito a Adam, solo será un momento –insistió Judith. Llamó al timbre y, después, a ella y a Berta les faltó tiempo para correr hacia el ascensor.

Marina se obligó a comportarse con la misma alegre despreocupación que sus amigas y siguió sus pasos.

En el preciso instante en el que alcanzaron la puerta del piso, esta se abrió y estuvieron a punto de darse de bruces con Sara.

–¿Por qué habéis subido? –les preguntó, sorprendida, con su voz tan característica. Parecía imposiblemente grave para un cuerpo tan menudo y esa cara de niña buena.

Ellas tres se limitaron a saludar y asomar la cabeza por la puerta. Y ahí estaba él, acercándose.

Y encima iba sin camiseta.

Marina sabía qué papel debía interpretar, así que sonrió con descaro. Pero, por dentro, temblaba.

–Pórtate bien mientras estamos fuera, ¿de acuerdo, Adam? –dijo Judith.

–Lo intentaré –contestó él con esa sonrisa que hacía flaquear las piernas de Marina.

Oh, sabía que a cualquier persona a la que le gustaran los hombres le flaquearían las piernas ante una sonrisa así. Había que ser un témpano de hielo para mantenerse impasible, porque Adam... estaba como un tren. No había otra manera de describirlo. El rostro de mandíbula fuerte, nariz ni muy fina ni muy ancha, pómulos algo marcados, labios carnosos, ojos grandes y grises y generoso cabello castaño, era de perfecta simetría. A la vez, la barba de unos pocos días y esa mirada astuta le daban un aire pícaro que resultaba bastante irresistible.

Y luego estaba el cuerpo, claro.

Alto, ancho de espaldas y, desde que había empezado a ir al gimnasio, con unos músculos muy interesantes. Un par de años antes, cuando todavía no visitaba la sala de *fitness* con tanta regularidad, ya tenía un cuerpo muy interesante, pero ahora directamente era imposible no babear al verlo.

Berta y Judith (Marina sospechaba que el resto del mundo también) se limitaban a fijarse en esa superficie tan apuesta, pero ella iba más allá.

Marina veía lo que Adam había hecho y lo que hacía por Sara. Tenía veintidós años, solo cuatro más que ellas, pero prácticamente se podía decir que la había criado él. Ninguno de los dos hermanos daba demasiados detalles,

pero durante muchos años habían convivido con una madre alcohólica que parecía tener especial tirria a su propia hija. Adam la había protegido y, cuando su madre murió cuatro años atrás, asumió su tutela sin dudarlo. Se mataba a trabajar desde los dieciséis años, ahora en paralelo estaba estudiando para policía, y se había asegurado de que Sara estudiara para poder entrar en la universidad. Sí, su tendencia a la sobreprotección era exasperante, pero Marina veía la ternura que había debajo, sobre todo hacia Sara.

También la maravillaba la capacidad de Adam por leer y tratar a la gente. Detectaba cualquier mentira o media verdad a la legua, y era capaz de meterse en el bolsillo a la persona más antipática.

Sin embargo, a Marina no la miraba.

De hecho, en esos momentos su mirada se centraba en Judith y Berta y sus cómodos y ligeros vestidos veraniegos. Era como si Marina no estuviera.

Igual que cada vez que sucedía eso, el corazón de Marina se rompió en mil pedazos, pero se obligó a no perder la sonrisa.

Sara, con razón, puso los ojos en blanco.

–Menudo espectáculo –dijo–. Lo calificaría de lamentable para arriba.

«Directamente patético», pensó Marina debajo de su máscara de despreocupación.

Gracias a Dios, Sara las empujó hacia el rellano.

–Venga, decid adiós –les dijo.

–Adiós, Adam... –dijeron Berta y Judith con un tono que dejaba bien claro todo lo que querían hacer con él.

Marina se limitó a mantener la sonrisa. ¿Para qué hablar si para él ni siquiera existía? Además, tampoco se sentía capaz de hacerlo sin que le temblara la voz.

Detrás suyo escuchó a Adam reír, a Sara resoplar y la puerta cerrarse. Marina sabía lo que le tocaba hacer a continuación: suspirar junto a Judith y Berta como si fueran las